

—Mal me has guiado—dijo el lobo—he ido por el otro corderito, y me ha atrapado el amo y me ha pegado de lo lindo.

La zorra contestó:

—Porque eres tan insaciable.

Al siguiente día yendo por el campo el ávido lobo dijo otra vez:

—Roja zorra, procúrame de comer o sino me como yo a ti.

A esto contestó la zorra:

—Sé una casa de labor, que esta tarde han cocido buñuelos de viento rellenos. Iremos por ellos.

Fueron, y la zorra dió un rodeo por la casa, registró, husmeó mucho tiempo, hasta que encontró las fuentes, sacó seis buñuelos y los trajo al lobo.

—Aquí tienes de que comer—dijo la zorra al lobo, y se largó.

El lobo tragó en un momento los buñuelos y pensó:

—Me gustaría tener más.

Y fué adentro, y casi todas las fuentes se le cayeron y quedaron hechas pedazos. Con el estrépito armado, vino la mujer y al ver al lobo, llamó gente. Se apresuraron a venir, y le molieron a golpes hasta que los palos resistieron, y cojeando de dos piernas, aullando fuertemente salió escapado hacia el bosque en busca de la zorra.

—¡De qué manera más horrible me has guiado!—gritó el lobo.—Los labradores me han atrapado y me han curtido la piel.

La zorra contestó:

—Porque eres tan insaciable.

Al tercer día, estando en el campo, y el lobo seguía penosamente cojeando, le habló otra vez de esta manera:

—Roja zorra, procúrame de comer o yo me como a tí.

La zorra contestó:

—Sé de un hombre que ha matado y salado carne y está en la bodega; vamos.

A lo que respondió el lobo:

—Pero vendrás conmigo y me ayudarás si yo no puedo escapar.

—Contigo voy—dijo la zorra—y te mostraré la manera de comportarte, y el camino, hasta que lleguemos, por último, a la bodega.

Carne en abundancia había allí, y el lobo pensaba: Tengo tiempo hasta que oiga ruido. La zorra gustaba también de la carne, miraba por todas partes, pero a menudo iba al agujero por donde habían entrado y ensayaba si su cuerpo pasaba todavía por allí.

El lobo le dijo:

—Querida zorra, dime, porqué corres de aquí para allá y entras y sales por el agujero?

—Miro si viene alguien—respondió la astuta;—de todas maneras no comas mucho.

El lobo contestó:

—No me voy sino hasta dejar vacía la cuba.

En esto llegó el labrador, oído el ruido que hacía la zorra yendo y viniendo de una a otra parte. Al verlo la zorra, de un salto escapó por el agujero.

Quiso el lobo seguirla, pero como había comido tanto, no pudo pasar y quedó atascado en el agujero. Entró el labrador con una estaca y a estacazos lo mató.

La zorra saltaba por el bosque y estaba contenta al verse libre de su antiguo e insaciable amigo.

J. VIDAL Y JUMBERT.

He blasfemado de Dios, ¿qué mal me ha venido?

Así se lo creía el feroz agitador de la época de la Revolución francesa, Mr. Robespierre. Había apostatado de la fe de sus mayores, negaba a Dios, se mofaba de Dios, le blasfemaba. Creía que no sólo de esto no le había de venir ningún mal, sino que, al contrario, estaba en la persuasión de que, arrancando del alma del pueblo la idea de Dios y de la otra vida, ahogando la conciencia cristiana, el pueblo se embrutece, y un pueblo embrutecido se presta a toda clase de explotaciones, y a ese pueblo embrutecido pueden utilizarle como pedestal de su encumbramiento hombres como Robespierre. Aquella orgía de sangre y de pillaje por que tuvo que pasar su país le enseñó a Robespierre que había ido demasiado lejos; llegó una hora en que hubiera querido encadenar la fiera; mas era tarde. Vino un día en que Barrás y sus soldados resolvieron acabar con aquello, y se precipitaron sobre la Cámara de diputados, quienes echaron todos a correr.

Después de mucho buscar dieron con Robespierre que se había metido en una ratonera. Le sorprendieron en un rincón oscuro, temblando como un azogado aquel hombre que había hecho temblar la Francia. Un gendarme a quien él había utilizado para prender a gentes que no habían cometido más delito que el de creer en Dios, le disparó dos pistoletazos. Robespierre cayó bañado en sangre, destrozada la mandíbula. Los demás compañeros de Robespierre,